

LOS TRABAJOS DE HÉRCULES

Procesos de transformación de identidades masculinas en psicoterapia

Por Gonzalo Pérez

4º Encuentro de Estudios de Masculinidades
Masculinidades: entre lo público y la intimidad
Mesa saberes terapéuticos: masculinidades e intimidad/es

En el mito griego, Hércules, paradigma del poder masculino, atraviesa un momento de locura en el cual, frenético de violencia, da muerte a su esposa y sus hijos. Para expiar su crimen, debe someterse luego a los doce legendarios trabajos. No tan lejano de aquél héroe, el varón de hoy enfrenta quiebres existenciales reveladores de una identidad de género rígida y defensiva, incompatible con la intimidad y la entrega que necesita para curar el miedo y el dolor que han aflorado sin control a su sentir. La psicoterapia acompaña y favorece los arduos trabajos de deconstrucción que pueden liberarlo.

Claramente, estamos pasando ahora desde una mirada hacia lo público, que caracterizó la mañana, hacia el ámbito de lo íntimo, el ámbito no conocido más que por la interioridad del sujeto.

Es ahí donde trabajo, como psicoterapeuta. Trabajo en esa relativa burbuja que es la consulta privada, en la que llegan las personas que quieren llegar y que pueden pagar. Entonces, de ninguna manera estoy pretendiendo tener una mirada sobre la totalidad de la sociedad, en absoluto, sino que...me invitaron, supongo, para que cuente qué es lo que ocurre adentro de esta burbuja.

Por supuesto, es una característica de nuestro tema algo que se evidencia en este encuentro sobre masculinidades: hay una mayoría de mujeres, y muy interesadas. Esto es bastante conocido, pero quisiera que imagináramos un segundo, un encuentro sobre feminidades... ¡A ver si alguno de nosotros se atrevería a estar ahí! Un encuentro sobre feminidades sería un mundo puramente de mujeres...

Mi trabajo es con mujeres y hombres adultos que llegan por voluntad propia; naturalmente, vienen recomendados por alguien. Ustedes saben que para ir donde un terapeuta se necesita un pase de confianza: que alguien de confianza conozca o tenga referencias muy precisas sobre ese terapeuta. Es una pasada humana, una conexión casi de tipo familiar. Creo que en mis treinta años de profesión, sólo recuerdo una persona que llegó por páginas amarillas. "¿Cómo llegaste?"..."bueno, en las páginas amarillas hice así, puse el dedo y salió tu nombre". Pero es un caso único.

Naturalmente, entre las personas que atiendo hay una mayoría de mujeres, ustedes saben eso, es así no más. He llegado, eso sí, a alcanzar un 40% de

varones consultantes, lo cual me encanta y me hace muy feliz, porque yo soy varón y me interesa mucho, para mí mismo también, el proceso relacionado con el tema que nos reúne hoy día.

De los varones que vienen a verme, uno o dos de cada diez son hombres homosexuales, bastante cerca de los porcentajes de la población total.

Pero voy a enfocarme ahora en el tema de nuestra mesa, que es, por supuesto, ¿qué es lo que ocurre con la identidad masculina en los procesos íntimos? Quiero contarles la llegada clásica de un varón que todavía no ha comenzado a trabajar en sí mismo, y que está simplemente en el gran quiebre existencial que lo motiva a hacer este heroico y enorme esfuerzo de ir a sentarse delante de otro ser humano en una intención de honestidad y de transparencia...es decir, a ponerse a trabajar en sí mismo. Por supuesto, llegan también a mí montones de hombres de todas las edades que están en la pista de su propio trabajo interior, hace mucho rato ya conocedores de los temas de la autotransformación.

Pero quiero hablarles del otro tipo de varones, de los varones...podríamos decir "vírgenes" de toda mirada sospechosa a su interior.

Típicamente, se trata de un varón, generalmente de treinta y tantos... de los treinta y tantos cercanos a los cuarenta, o de los cuarenta cercanos a los treinta y tantos, es la zona de la crisis...con un quiebre existencial grande e inevitable. A menudo, este quiebre existencial es un quiebre de pareja, un quiebre del matrimonio. O también, un quiebre de tipo laboral. Por ejemplo, quedar cesante después de haber trabajado toda su vida en la empresa tal...eso es bastante clásico. O llevar cesante seis meses y estar angustiadísimo. O, también, tener éxito en todos los ámbitos, pero sentirse tan mal que finalmente accedió ir al psicólogo. Ese sentirse tan mal puede incluir, además de múltiples males psicósomáticos que no voy a detallar, el tener, cualquier mañana de su vida, que detener el auto al comenzar a sentir una parálisis de manos, brazos, que no le obedecen. Un estado que, cuando llega a la urgencia de una clínica, es descrito y descartado como "Esto es una crisis de pánico no más." Le recetan Alprazolam y le dicen "Sabe...usted va a tener que ir al psicólogo, porque la verdad es que no tiene nada en su cuerpo. Todo lo que le pasa tiene que ver con su mente." El stress ha llegado al punto de hacerse evidente; un stress asociado con las exigencias del modelo introyectado de masculinidad.

Uno de estos tres tipos de situaciones ha llevado a nuestros héroes a aceptar sentarse ahí, delante de mí. La conversación inicial se desarrolla frecuentemente como una especie de reunión de expertos convocados para resolver un problema. Él procede a analizar el fenómeno, siempre como algo que ocurre en su exterior, haciendo gala de objetividad y de las mejores intenciones.

“Mi problema es que mi señora no quiere entender...”, y procede a hacerme un informe sobre su señora. O, “mi problema es que el mercado laboral de gerentes...”, y me hace una descripción del mercado laboral de gerentes. Yo me quedo tranquilo, escuchándolo, conociendo al ser que tengo adelante, mirándolo todo el tiempo a los ojos, apreciándolo. En algún minuto oportuno le digo “Bueno, ¿pero qué te pasa a ti con todo esto?” Y ahí, ustedes saben, comienza a darse vuelta la tortilla. Porque hasta ese minuto no se ha movido del idéntico, exacto e inoxidable rol al que la identidad hegemónica, masculina, clásica de esta sociedad lo obliga. Ese rol que ha sido abundantemente descrito en encuentros como éste. Un rol que lo hace actuar impersonal, superior, racional, estoico. De ahí que no esté situado en la posición de un ser humano que consulta, que pide ayuda, sino ficticiamente en la de alguien que trae “un problema” a resolver, como quien lleva un aparato a arreglar a un servicio técnico. “Analicemos juntos esta situación; dos cabezas piensan mejor que una...” “Usted que conoce más de estas cosas me dirá qué es lo que no estoy haciendo correctamente...” Una serie de actitudes estereotipadas, predecibles, sin ninguna honestidad emocional. Que, evidentemente, están cubriendo mucho miedo, mucho. Entonces, ahí aparece la palabra mágica que Pepe Olavarría introdujo en este encuentro: la palabra intimidad.

La intimidad se va dando en la manera como estamos conversando, en el hecho de que yo esté sosteniendo su mirada todo el tiempo, en la experiencia de ser escuchado sin presión... Y va produciendo un efecto. Algunos hombres me han contado después que ellos no se miraban a los ojos nunca, con nadie.

Y, a no mucho andar, ya estamos conversando de una manera distinta a la manera acostumbrada por este “caballero”. A partir del “¿qué es lo que te pasa a ti?”, seguida por todas las intervenciones necesarias para que encuentre y exprese su verdad personal, su emoción genuina, la intimidad y la confianza comienzan a crecer. En algunos casos, la pregunta desata inmediatamente la erupción del volcán completo, la angustia, las lágrimas y todo. Muchos dicen “perdón” cuando se ponen a llorar, como si fuera una falta intolerable, un error “que no volverá a repetirse”. ¡Como si a mí me molestara que su verdad rompa las barreras!

La intimidad es poderosa

Esta mañana hablamos de cómo nos encontramos en una sociedad que genera, de manera absolutamente inescapable, una estructura de identidad que llamamos “ser hombre”. Estructura socializada desde el primer darse cuenta, con dogmas imperativos del tipo “Los hombres no lloran”, que detallan en lo concreto este modelo de masculinidad idealizado y sobrehumano. La imposibilidad de estar a la altura del modelo nos lleva a todos los hombres a sentirnos, secretamente, estafadores. En la intimidad, esa sensación se desvanece junto con el pretender.

Irónicamente, la sola palabra masculinidad, ya es una palabra un poco femenina, un poco gay diría yo. Los hombres en el modelo jamás hablarían de masculinidad; hombría o virilidad son las palabras oficiales. Masculinidad, o lo masculino ya es como mirado de afuera. Una de las claves del tema identitario masculino es que no contiene una identidad substancial, porque se trata de una identificación con esta estructura abstracta, imaginaria, que llamamos “el hombre”, o “el hombre que vale”, en oposición al “poco hombre”. No es una identidad, es una institución. Por tanto, no tiene ninguna visibilidad, es opaca total. No hay ninguna entrada hacia el sujeto real que está dándole vida al robot.

Las ciencias sociales ya han investigado cómo se construye este robot. Lo que nos interesa aquí y ahora es cómo deconstruirlo: la tarea de deconstrucción. Mi trabajo en ese sentido es fácil, en un sentido, porque la persona ya viene bombardeada por sus propias experiencias de vida, con una demolición liberadora ya en movimiento. ¡Si no fuera así, no estaría consultándome! O sea, a diferencia del trabajo en programas sociales y de acción en lo colectivo, en que el tema difícil es cómo llegar, cómo meterse, cómo motivar, en psicoterapia tenemos a las personas suficientemente motivadas por el quiebre mismo. Eso es lo que los mueve a estar ahí.

Es una circunstancia en que esta palabra mágica, la palabra “intimidad”, se conjura con gran facilidad. Cuando la persona no se siente amenazada, y descubre que está siendo acogida sin competencias ni evaluaciones, se deja ir a un nuevo espacio, que necesitaba tanto, aunque hayan transcurrido apenas 17 minutos de conversación. Ya estamos en un territorio de emoción, de intimidad, de cercanía, a veces completamente sin precedentes para él. Incluso, puede que a los 17 minutos cambie de posición en el asiento, se eche un poco para atrás y diga “¡Qué rico conversar así!”. O sea...rápidamente comienza a demostrar y a reconocer que lo que está pasando le interesa, y mucho.

Sólo entonces es posible el trabajo de deconstrucción. Trabajo que he comparado, y de ahí el título de esta ponencia, con los trabajos de Hércules. Porque, recordaremos que en el mito griego, Hércules es el paradigma de lo masculino, de lo viril, del macho semi-divino.

Hércules, en efecto es la imagen del héroe, la imagen de la fuerza, del poder físico. En todas las épocas, ha sido un arquetipo de enorme atractivo para las zonas más emocionales e inconscientes del ser humano. Lo evidencia, por ejemplo, la inmensa cantidad de sus películas que en la actualidad y siempre han consumido los varones. Películas de acción en la que Hércules, duro de matar, rápido y furioso, adquiere diversos ropajes y armamentos tecnológicos, triunfando en todas las hazañas. Los argumentos son muy simples, simplistas incluso, incluyendo sin falta la pertenencia automática al lado del bien y la aniquilación de las astucias del mal. Héroe o superhéroe, el protagonista es siempre similar, violento pero justo, inexpresivo pero campeón de las mejores causas, con matrix o sin ella. Nuevamente, opaco en vez de transparente.

Parte, justamente, de la identidad masculina oficial, esta identidad clásica e intocable, es por cierto un dualismo de simplicidad drástica. Existen los buenos, existen los malos; yo por definición estoy del lado de los buenos. Soy varón ¿no? Desde Adán, todos los varones somos genéricamente inocentes. Cualquier cosa difícil, contradictoria, ambigua que me ocurra es un error de alguien, es culpa de alguien.

En esta burbuja de comunicación íntima de la psicoterapia, se confirma nítidamente lo central que es, para el respeto a sí mismo, para la autoestima de un varón, el sentirse, por encima de toda duda, en el lado de los buenos y en el lado de la razón. ¡Él está con la razón y es incomprendido!, incomprendido por su jefe, por el mercado, por sus colegas, por el partido, por su señora, en fin. “Porque puedo haberme equivocado, pero mis intenciones siempre han sido...”.

De hecho, ustedes han visto en televisión múltiples debates en los que, al menor cuestionamiento o crítica dirigida a algún señor, éste reacciona con un definitivo “Nunca ha sido mi intención...” o “No es mi costumbre... Con una pura declaración de principios, volvemos instantáneamente al lado de los buenos, o mejor, jamás nos hemos salido.

Lo que interesa del mito de Hércules, conectándolo con esta heroica ficción masculina, es por supuesto el quiebre de Hércules: la deconstrucción de su identidad, el eventual arrepentimiento y la reparación.

En algún minuto de su aventura, Hércules se vuelve loco, pierde la razón, pierde el control. Algo que conocemos muy bien en los sujetos masculinos, justamente. Y en su locura, en su frenesí, en su ira, sin darse cuenta, inconscientemente - ¡está viendo rojo, como un toro!-, mata a su esposa y a sus hijos. La misma violencia intrafamiliar de siempre, llevada al extremo. Un símbolo bastante apropiado de los daños causados por el poder y su abuso desde la ceguera a la que condena la identidad masculina hegemónica. Daños que recaen, primero que nada, en los seres queridos del protagonista.

Sabemos cómo la violencia campea en nuestras familias. Con diversos estilos, porque, claro, hay varones más sofisticados que no golpean, no patean, pero abusan y castigan de otras maneras. Porque parte central del tema identitario aquí, es creer firmemente que se está en la razón y siempre, siempre, en el lado del bien y de los buenos: “Me mato trabajando por ustedes”, “Todo lo que hago lo hago por la felicidad de mi familia”. Una identidad cerrada, opaca, que no ofrece ningún resquicio para revisarse a sí mismo y reconocer alguna responsabilidad en el conflicto. Por definición, la culpa la tienen otros. Basta observar el escenario político para confirmar esta necesidad de inocencia a priori en el nivel público.

Las mujeres a las que atiendo se asombran y ríen cuando yo les describo actitudes de su marido, y dicen: “¡Pero cómo sabes! ¡Si me estás hablando exactamente lo que él dice y hace!” Yo les contesto: “Desgraciadamente, esto es a máquina, viene totalmente estandarizado. No es su culpa, él no lo inventó,

está repitiendo exactamente lo que absorbió en su familia, su colegio, su mundo” Y les explico la socialización, o sea, cómo se llega a esto.

Se está terminando mi tiempo, y estoy recién dando cuenta de la puntita del gran iceberg...

Los trabajos de Hércules se refieren a todo lo que tuvo que hacer como consecuencia de su crimen y su locura. Porque, afortunadamente, recobró el juicio: “¡Qué hice! ¿Cómo pude hacer esto?”. Bueno...cargado de testosterona y furia no es nada difícil que haya matado a quienes tenía a su alcance. Como era de esperar, tuvo que expiar esta culpa frente al tribunal cósmico, haciendo esos doce trabajos de los que tenemos alguna noticia.

¿Qué es lo que nos interesa aquí? Aparte que uno puede meterse en la simbología de cada uno de los doce...pero eso ya es tema de otro tipo de psicología.

Lo que nos interesa ahora es que lo que viven los varones en psicoterapia se parece mucho a este tipo de esfuerzos, en que la fuerza no es la manera de alcanzar la meta. Porque los trabajos en sí mismo, los trabajos de psicoterapia y de auto-transformación que toda persona, no solamente los varones, necesitan después de un quiebre existencial contundente, son trabajos que tienen que ver justamente con las energías, talentos y capacidades no descritos en el modelo hegemónico patriarcal. No son los argumentos racionales, ni la fuerza de voluntad, ni el estoico silencio, ni la adherencia a los reglamentos, el armamento del que se ufana el héroe, los que pueden sanar un alma maltrecha. Las capacidades sanadoras tienen que ver justamente con la vulnerabilidad, con la paciencia, con la entrega, con la intimidad, con la capacidad de empatizar y conversar con otras personas, una serie de capacidades muy humanas, pero que habitualmente los caballeros han tenido vedadas. Incluido el poder llorar sin violentarse.

No les queda más que aprender a hacerlo y por supuesto, el proceso es largo y difícil. Las contradicciones del alma asustan, el enfrentamiento con la culpa, con el miedo, duelen mucho, atreverse a ser honesto con lo que verdaderamente se siente es a veces como caer a un precipicio interminable. El simplismo básico del modelo ha descalificado y descartado todo tema ambiguo, todo tema subjetivo. Y el proceso interno, de lineal no tiene nada.

Asistiendo a esta exploración introspectiva, nos encontramos con dos frases, dos criterios típicos, que cierran la puerta a toda verdad vivencial, toda experiencia genuina de complejidad interior. Una de estas frases bloqueadoras es: NO ES NORMAL. Este juicio paraliza inmediatamente al hombre identificado con la masculinidad oficial, normal por decreto. No es normal quiere decir inaceptable, no es normal quiere decir no está del lado de los buenos. Y quien no está conmigo está contra mí...

Una variante de lo mismo es: NO ES LO IDEAL. “No es lo ideal que en una relación de pareja...” Y viene a continuación la descripción de la perfecta armonía que una pareja debe mantener. Una armonía que él sostiene, pero ella, que no lo quiere comprender... Volvemos a la inocencia del héroe consagrado al supremo bien, tan a menudo incomprendido. “No es lo ideal que una pareja pelee...”, por ejemplo! Claro, él no pelea con su señora, simplemente la mata una vez a la semana. Un asesinato emocional racionalizado como “le hice ver que yo tenía la razón y que ella estaba equivocada”. Suena muy pacífico y racional, como el modelo lo exige. Cuando ella eventualmente se subleva, enfrentándose a la aplanadora, es acusada, ciertamente, de extremista, de loca. Matar fue lo mismo que hizo Hércules en su paroxismo de frustración.

¿Saben ustedes cómo se mata a la señora? Es súper fácil. Lo que pasa es que las señoras aquí presentes son aguerridas y no se dejan matar así no más; pero por supuesto conocen la tendencia al asesinato que tenemos los varones.

Comenzamos a discutir de lo que sea, inicialmente con argumentos y razones; pero a poco andar la oposición nos frustra, y nos enardece la necesidad de vencer. Vamos viendo todo rojo, olvidamos el sentido y propósito de la discusión, y someter al otro se convierte en el único objetivo. Y, aunque se trate de la persona más querida, empezamos a hierirla donde más le duela, hasta llevarla a la inseguridad, la confusión y la angustia. Su parálisis es la señal del triunfo de nuestras razones. Hemos aniquilado a la oposición.

Muchas mujeres han aprendido este sistema, lo que garantiza mayor justicia, pero eso tampoco favorece al amor. Recordemos que en las guerras nadie nunca gana; todos pierden. Las mujeres sabias practican una fórmula eficaz: esperar, aún años, a que se despeje el clima emocional que rodea un determinado asunto, y sólo entonces traerlo a la conversación. En intimidad. Saben que, si las emociones están muy polarizadas, la discusión se torna guerra; siempre inútil, y siempre dañina.

El modelo hegemónico de identidad masculina es, antes que nada, autoritario y jerárquico. Basado en la superioridad, el dominio y la sumisión. Una parte terrible de lo que ocurre al mirar en nosotros mismos esta identidad adquirida inevitablemente por todos los varones, es darnos cuenta que en tantas cosas que hacemos y expresamos somos idénticos al dictador, al tirano, al opresor. Porque inconscientemente, todos construimos nuestra personalidad masculina siguiendo el mismo aplastante modelo. Todos estamos cortados por la misma tijera, en la medida en que estemos poseídos, por así decirlo, por decirlo de manera dramática, por esta identidad que no es propia. Darse cuenta de ello inicia un proceso de inmensa transformación.

El momento de deconstrucción, el momento en que se elige la deconstrucción consciente, porque antes se trata una demolición por catástrofe, es un momento en que el varón dice “No sé”. ¡No sé! No sé cómo hacerlo, no sé si pueda, no sé qué me va a pasar... En vez de darnos la opinión exacta, el lugar

común apropiado, la teoría o la ironía que vuelve el tema a lo impersonal, acepta no saber. En vez de hablar como el héroe que tiene la razón, el que tiene todas las respuestas, el invulnerable, elige ser sincero. No sabe. Y cuando se dice “No sé”, puede comenzar a averiguar por sí mismo. La sonrisa enigmática de Sócrates nos acoge aquí.

Lo más importante es que, felizmente, los varones no somos sólo una identidad prestada, no somos una institución, sino que somos seres humanos igual de maravillosos y locos que ustedes... amigas. Muchas gracias.

Gonzalo Pérez Benavides
gonzapb@gmail.com - www.gonzalopez.cl
Teléfono: (56-2) 273 6039
Santiago, Chile